

San Felipe Benicio

23 de agosto. Fiesta.



Felipe nació en Florencia a principios del siglo XIII. Ingresó en la Orden de los Siervos como hermano lego y, poco después, al descubrirse su sabiduría, fue ordenado sacerdote. En 1267 fue elegido Prior general, y ocupó ese cargo casi hasta la muerte. Gobernó la Orden con suma prudencia, la fortaleció con sabias leyes, y ante el inminente peligro de su extinción, la defendió con santa tenacidad. Ilustró a la Orden de los Siervos de María con la fama de sus virtudes y recibió en ella a muchos frailes que, como él destacaron por una vida evangélica y de fiel servicio a nuestra Señora. Con razón se le considera "Padre de la Orden". Murió en Todi el año 1285. El papa Clemente X lo canonizó en el 1671.

Oración

Dios nuestro, grandeza de los humildes, que por medio de san Felipe protegiste amorosamente a la Orden de los Siervos de María, la propagaste y le diste

estabilidad con santas reglas, concédenos que, a imitación de tan insigne Padre, sirvamos fielmente a la Virgen Santísima y difundamos con ardor apostólico el Reino de Cristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Del "*Propio del Oficio de la Orden de los Siervos de María*"

Una luz sobre el candelero de la Orden

Lo que sabemos de san Felipe Benicio lo debemos en gran parte a la *Leyenda sobre el origen de la Orden* y a la *Leyenda de san Felipe*, ambas escritos poco después del año 1317. Los historiadores de la Orden, aunque reconocen que en ellas figuran algunas "florejillas" del género hagiográfico, con todo otorgan a los dos escritos una especial autoridad, y a que nos transmiten el testimonio ocular de los contemporáneos del Santo.

Felipe, de la familia de los Benizi, nació en Florencia a principios del siglo XIII, casi en el mismo tiempo en el que nacía la Orden de los Siervos de María. En su juventud se dedicó al estudio de la medicina y a la vez de las ciencias sagradas. Tanto ardía de amor a Dios que guardaba con esmero sus mandamientos, dominaba las pasiones, socorría a los pobres y se entregaba a la oración, principalmente a la recitación diaria del Oficio de la santísima Virgen. Hastiado de los goces de este mundo y con el vivo deseo de servir a Dios, el jueves de la octava de Pascua, mientras se hallaba en la iglesia de los Siervos de Florencia, oyó aquellas palabras





de los Hechos de los Apóstoles que se leían en la liturgia del día: *El Espíritu dijo a Felipe: “Adelántate y únete a esa carroza”* (Hch 8, 29). Considerando que estas palabras iban dirigidas a él, determinó subirse a la carroza de la gloriosa Virgen ingresando en la Orden de sus Siervos, y obtuvo de fray Bonfilio, prior del convento de Florencia, ser admitido como fraile lego, a causa de su humildad. Pero quiso el Altísimo que, al ser descubierta su preparación cultural, recibiera, por obediencia, la ordenación sacerdotal.

El año 1267, estando reunido el capítulo en Florencia, fray Maneto renunció al cargo de Prior general, y en su lugar fue elegido san Felipe. Aunque el Santo se resistía a continuar, fue confirmado en el generalato a lo largo de dieciocho años, casi hasta su muerte. Como buen pastor y fiel siervo de María, gobernó sabiamente a la Orden de nuestra Señora y la hizo célebre con la fama de su santidad. Visitó con solicitud paternal los conventos de la Orden a pesar de que debía emprender penosos viajes. Estando en Arezzo, ciudad devastada por la guerra y la carestía, invocó a la santísima Virgen, Madre de sus Siervos, a favor de los frailes de aquel convento que se encontraban en necesidad; inopinadamente, en la puerta del convento fue hallada un cesto de pan con el que san Felipe abasteció a sus hermanos. Compiló, completó y promulgó las Constituciones emanadas por los capítulos anteriores. Cuando la Orden estaba destinada a la extinción por un decreto del segundo Concilio de Lion, san Felipe, con la asesoría de expertos y la colaboración de fray Lotaringo, defendió ante la Curia romana, con habilidad, la supervivencia de la Orden, y preparó el camino para su aprobación definitiva. Por todos estos motivos san Felipe es considerado con toda razón “Padre de la Orden.”

Como buen imitador de los Apóstoles, trabajó con afán en la difusión de la palabra de Dios y en apaciguar las discordias civiles; logró que muchos pasaran del apego al mundo a una sincera vida cristiana, y a no pocos los levantó consigo hasta las cimas de la santidad. Curó a un leproso por el simple hecho de cubrirlo con su capa: por eso algunos cardenales, estando vacante la Sede Apostólica, impresionados por tal prodigio, lo señalaron como candidato al sumo pontificado. En la ciudad de Todi, el Santo logró con paternales amonestaciones y socorriéndolas con una suma de dinero, que dos prostitutas se abstuvieran, por amor de la Virgen Madre, de seguir pecando; después de que, contra toda esperanza, el Espíritu Santo las convirtiera, él las guió por el camino de la santidad.

En Todi, el año 1285, el día de la octava de la Asunción, habiendo recibido los santos sacramentos y confortado con la llegada del beato Ubaldo de Borgo Sansepolcro, después de exhortar a los frailes a la caridad, san Felipe murió abrazando el crucifijo, el libro viviente, del cual había aprendido el camino de la santidad. Su cuerpo, después de varios traslados, se venera actualmente en la iglesia de santa María de las Gracias de Todi. Fue canonizado por el papa Clemente X en el años 1671.

